

GLOSA A MIGUEL DE CERVANTES

JOSÉ ROSELL VILLASEVIL

Puesto ya el pie en el estribo para iniciar el tremendo e ignorado viaje, desde la última estación de la vida a la insólitamente terminal de la muerte, acabando el Prólogo del "Persiles" y su sincera dedicatoria al gran mecenas que fue tu protector, el Conde de Lemos; aún bulle en tu cabeza, Miguel, todavía lúcida, el recuerdo imborrable de una ciudad que brilla en el mundo con luces de gloria y en tu corazón, que ya late incierto, produce la cosquilla sonriente de un beso de novia en las frescas vegas de un Tajo tan limpio y tan puro como una Égloga de Garcilaso.

Por la pantalla viva de los recuerdos, circularían fugaces y entrañables todos los que fueron tus amigos reales y supiste encubrir en la máscara sublime y humanística de tus sueños.

Cide Hamete Benengeli, el Canónigo, el Sastre, el Boticario, el Bonetero, el Maestro que continuaba haciendo las finas espadas del "Perrillo"... En tu prodigiosa memoria se proyectaba la populosa Zocodover, mentidero de Castilla, la concurrida calle de la Sillería con al famosa mesonera, Leonor de Úbeda, que atesoraba en prenda los "agnus-deis, chicos de oro, con unos viriles" como garantía de los dieciséis reales que la debiera el manirroto de tu suegro; y los tintes del Andaque, el Morisco aljamiado, el Doctor Rodrigo de la Fuente, el Greco junto al cura de Santo Tomé, Andrés Núñez de Madrid; Santo Domingo El Real con los atrasados diezmos de tu suegra y, posiblemente, tu platónico entusiasmo por una de sus monjas; la Cárcel de la Hermandad, con sus "ladrones en cuadrilla -a veces-, que no cuadrilleros"; el Artificio de Juanelo Turriano, el

Alcaná, la Posada del Sevillano enmarcando a Costancica, la fregona ilustre, a Lope y a Avendaño; la Plaza de la Concepción inmersa en el griterío de sus tratantes; la Huerta del Rey, garito de aguadores; el Claustro bajo de la Catedral, donde se hablara el mejor lenguaje de toda España; las Ventillas rufianescas; la Catedral condensada en el tesoro del Sagrario y la Plaza del Ayuntamiento con Leocadia y Rodolfo en una pálida madrugada de atropayo que había de dar a luz el deslumbrante sol de La Fuerza de la Sangre...

Dejaste Miguel en Toledo la clave íntegra de Don Quijote velada en los papeles misteriosos del profundamente histórico Alcaná. Sin Toledo no habría leyenda, ni hazañas, ni sublimes y sensatas locuras de aquel caballero esquiviano cuyos padres descansan in eternum en una fosa delante del altar de Todos los Santos, "donde están enterrados sus abuelos, el alcaide, su señora, su madre y su marido" en la Iglesia de San Pedro Mártir... Sin Toledo, toda la gloria de don Alonso Quijada el Bueno, se hubiese esfumado en los ignotos archivos de la Mancha al quedar con la espada levantada para siempre amenazando al cielo y al abismo frente al valeroso caballero vizcaíno don Sancho de Azpeitia.

Tu arrancaste el secreto de Toledo: aquel idealista que desafiaba al mundo aconsejando el temor a Dios, "porque en el temerle está la sabiduría"; aquel revolucionario que afirmaba que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor; el que ponía en libertad a los galeotes y pedía a los jueces más misericordia que justicia; aquél que fue modelo vivo literario de la aventura humana más entrañable en la fantasía... yacía eternamente en el frío claustro del convento de Agustinos Calzados de la Ciudad de los Concilios: a un paso de la Puerta del Cambrón, a un tiro de ballesta de las Vistillas de San Agustín, a otro de piedra del Puente de San Martín, al alcance de la asombrada visión de San Juan de los Reyes, en cuyo Monasterio había profesado también el hermano pequeño de doña Catalina.

En el antiguo convento de Agustinos Calzados de Toledo, encerró todo el tumulto de su amor y su locura sublime, la que precisa el hombre para alcanzar la gracia de la sabiduría, quien hubo de ser tu modelo vivo en la obra imperecedera: don Alonso Quijada de Salazar.

Desde el emporio de las Bellas Artes y las Ciencias Históricas de una Ciudad "en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos... claro ejemplo de católicas ceremonias...", que tú, Príncipe sencillamente glorioso de los ingenios españoles, sentiste latir en el corazón del niño que pasara bordeando sus murallas, camino de Córdoba, en 1553; en la desbordada imaginación del joven que volvía a Alcalá a las bodas de su hermana con Dios, contemplando desde las Nieves el brillo de la aureola condensada en el incisivo resplandor de sus torres; del hombre enamorado saboreando paso a paso la profunda estrechez de sus eternas calles en cuyos cimientos callados tiene raigambre toda la nobleza de su ilustre esposa, doña Catalina Palacios de Salazar y Vozmediano.

Desde aquí, ¡oh regocijo de las Musas!, en el Trescientos setenta y nueve Aniversario de tu desaparición terrena; recibe el respetuoso abrazo de esta Ciudad hidalga que cobra en tu recuerdo la dimensión infinita con que tú la bordaste en el bastidor realista de tus sueños.